## IX

Al saber toda la verdad, Santiago inclinó la cabeza: sus violencias, sus cóleras y ardimientos de otras veces habían desaparecido; pero el amor que profesaba á la señora de Guessaint sufría contratiempos demasiado frecuentes, y su naturaleza, más nerviosa que fuerte, no podía resistir ya. Echado sobre el canapé, en su taller, pasaba los días entregado al abatimiento, sin pensar en nada; fumaba

mucho; departía con los amigos que iban á verle; pero aquel joven tan lleno de vida antes, parecía ahora herido de muerte. Su carácter se dulcificaba mucho, y nada le irritaba, como si no le importase cosa alguna. Por la noche iba á visitar á la señora de Guessaint; pero uno y otra parecían temerse y evitarse. Sólo Francisca no desesperaba; la ley que le oponían era en su concepto absurda; no admitía que no se pudiese probar la defunción de un hombre; y al ver cómo se desmejoraba su hijo, exasperábase cada vez más. La mujer del pueblo volvía á concebir de pronto sus inmotivadas confianzas, entregándose á sus cándidas creencias; y contaba con la casualidad ó con alguna cosa imprevista. ¿No se debía á ella que la existencia de Santiago y la de Faustina hubiera cambiado bruscamente dos veces? Santiago, por su parte, no esperaba nada; y la señora de Guessaint veía con angustia en su rostro los estragos del dolor que le afligía.

—¿No le inquieta á usted su salud?—preguntó un día al señor Grandier.

—Mucho. Todos esos choques sucesivos han trastornado el sistema nervioso. En otro tiempo, esto se llamaba fiebre de languidez ó consunción; pero hoy lo llamamos anemia cerebral: el resultado, no obstante, es el mismo.

Santiago desfallecía de amor y desesperación; y la señora de Guessaint lo comprendía muy bien. ¿Podría la juventud triunfar de una enfermedad puramente moral? ¿Llegaría una hora en que la excitación del trabajo y la embriaguez del éxito despertaría en aquel



corazón la fuerza y el deseo de vivir? Faustina pensaba en todo esto, recordando la aventura de Nelly y de su esposo; y otra vez esta historia humana y cómica ejerció en ella una influencia fisiológica. Ciertas ideas herían la delicadeza de su espíritu; pero comprendía muy bien que los hombres no están por los sentimientos elegiacos ni las aspiraciones etéreas. Santiago la profesaba un amor profundo; pero deseábala también ardientemente; Faustina amaba y quería ser fiel á su amor, porque era la única felicidad que le quedaba en la vida, la única esperanza que iluminaba aún su horizonte; y siempre volvía á sus vacilaciones, como el señor de Percier, aquel esposo enamorado é infiel, por lo mismo que amaba. La mujer puede experimentar una pasión platónica, y en esto consiste su gran superioridad sobre el hombre, que le es inferior en el orden de los sentimientos elevados; lleva hasta la exaltación el heroísmo del sacrificio, y embriágase con su abnegación para obtener una fuerza ficticia que la permita llegar hasta lo sublime; pero cuando posee un espíritu valeroso, una clara inteligencia, ve al punto el objeto á que se debe encaminar.

Cierta tarde, Faustina fué al taller: desde que los dos habían perdido sus esperanzas, era la primera vez que iba. Santiago se levantó bruscamente al verla.

—Amiga mía—dijo—¿no sería mejor que yo me marchara á un país muy lejano? Todo me cansa y me desanima; conozco que estoy cerca de la muerte, y ni aun tengo fuerza para esperarla. La invoco á usted por última vez; usted, que es mi ángel bueno, no puede

menos de ser también la que me preste consuelo; me parece imposible que me rehuse la felicidad, siendo nuestra desgracia común.

Faustina miró á Santiago con sus ojos brillantes y serenos, que expresaban una tierna lealtad, y contestóle con dulzura:

—Cuando ví que no podía ser su esposa, pregunté-me lo que debia hacer; mi corazón y mi conciencia no estaban de acuerdo; pero hoy no se trata ya de mí, pues no amo á usted por mí, sino por su persona. Quiere usted que sea su ángel bueno y que le aplique mi varita de virtudes: amigo mío, escuche bien mis palabras. Yo no tengo empeño en vivir más que para hacerle feliz; pero entre los dos hay una diferencia: usted me ama con pasión, y yo con ternura; el resorte de la voluntad se ha roto en usted, que se abandona á la desesperación, y ni siquiera trata de luchar. Usted cree conocerme; pero ¿es posible que el hombre conozca nunca á la que le ama? Ya sabe usted que tengo ideas absolutas sobre los deberes de la mujer en este mundo: no admito los compromisos vulgares; la mentira me subleva, y me disgustan esos amores que se ocultan como si se avergonzaran de sí propios. Al ver que no podía usted ser mi esposo, ya no me ha pedido nada, porque no se le oculta que habría sufrido demasiado al envilecerme á mis propios ojos, perdiendo el aprecio que me debo á mí misma. He pensado en todo esto, Santiago; ahora veo claramente cuál es mi deber; le amo, y soy correspondida; amigo mío, no desespere usted, y fíese de mí.



—¡Faustina!...

El escultor creía comprender aquellas palabras tiernas, un poco misteriosas; quiso coger á Faustina y cubrirla de besos; pero la señora de Guessaint se desprendió suavemente, aunque con firmeza.

—Le he dicho á usted que confíe en mí—murmuró. —Mañana saldré de París, y por el pronto no recibirá usted carta; pero sólo esperará tres días.

Santiago quiso preguntar; pero Faustina le puso ligeramente la mano sobre la boca, sin contestarle una sola palabra. ¡Pobre Faustina! Durante muchos días y noches, su castidad había luchado contra su amor. ¡Entregarse á Santiago, caer de su pedestal, frívola y vulgarmente como otras mujeres! Sin embargo, amaba; sabía que era correspondida con loca pasión; y no se le ocultaba que Santiago no resistiría aquellos repetidos golpes de la adversidad. ¿Qué era ella? Una mujer ignorada, bien poca cosa, tratándose de la existencia, del porvenir y del genio de un gran artista. ¿Por qué rehusaría labrar la felicidad de ambos? ¿Qué juramento la ligaba con ningún otro hombre? ¿Quién podría acusarla de traición? Sólo tendría que ver con su conciencia, que se había conservado siempre pura. Pero la señora de Guessaint no quería caer vulgarmente; puesto que se entregaba, lo haría con decoro, como una mujer que cede á sus reflexiones y á su voluntad, y no al fogoso impulso de una pasión.

En efecto, al día siguiente marchó con Mario en dirección á la Birochère. Comenzaba el mes de Diciembre; oíase soplar el viento, y las encrespadas olas de

un mar tumultuoso estrellábanse contra la costa brava; mientras que el bosque, negro ya, ostentaba sus árboles desnudos. Por el cielo deslizábanse espesas nubes grises, bajo las cuales se destacaban como puntos blancos las inquietas gaviotas. En aquel triste cuadro de invierno, Faustina volvía á ver los mismos paisajes que antes recorriera alegre durante los días más clementes del otoño. El anciano subalterno que habitaba en la caseta de guarda quedó muy admirado al ver de nuevo á la señora de Guessaint, quien le explicó que, por razones particulares, deseaba permanecer sola con Mario en la Birochère; entrególe dos mil francos, y le rogó que fuera á pasar seis semanas con sus parientes, establecidos en Normandía. El buen hombre marchó aquella misma noche, muy satisfecho de la gratificación, que le permitía distraer sus enojos con un viaje; y en su lugar Mario se instaló en la caseta. Faustina no ignoraba que para aquel anciano servidor todo cuanto ella hiciese estaba bien hecho, y díjole que deseaba permanecer con Santiago Rosny en la Birochère sin que nadie sospechara su presencia allí. Ningún habitante del pueblo se retardaba nunca en aquella playa ignorada, y en semejante época del año no quedaba viajero alguno en Pornic. ¿Qué les importaba á los pocos pescadores del pueblecillo ver á la señora de Guessaint sola ó con un extranjero? Para mayor seguridad, Faustina había dejado á su camarera en París: buscaría dos francesas para el servicio, y Mario se cuidaría de las provisiones.

Terminados todos los preparativos, Faustina escribió á Santiago estas pocas palabras: «Salga usted para la Birochère apenas reciba esta carta; llegará usted á las diez de la noche, y en la estación encontrará á Mario.» Al leer estas líneas, Santiago palideció, comprendiendo la exquisita delicadeza de su amiga. Allí era donde se entregaría á él, en medio de los mudos testigos de su felicidad naciente. A los veintiséis años, el hombre encuentra recursos inesperados: Santiago recobró á la vez toda su fe, su energía y su voluntad. ¡Ella le esperaba! Repetía estas tres palabras con inefable placer; Faustina iba á pertenecerle, aquella á quien amaba y deseaba tan ardientemente. En su nerviosa impaciencia, el tren que le conducía parecíale demasiado lento, porque ella le esperaba. Hubiera querido proclamar en alta voz su felicidad; la embriaguez de su esperanza producíale como una especie de angustia; cerraba los ojos, y en una visión rápida, creía contemplar aquella hermosa mujer deslizándose entre sus brazos confusa y ruborizada...



Faustina no tenía que explicarle cosa alguna, pues adivinábalo todo; quería pertenecerle como una esposa que cede, no como una querida que se entrega. Un fuego brillante iluminaba la cámara nupcial de aquellos dos desposados del amor: cuando Santiago penetró en la gran habitación, clara y perfumada, vió á Faustina ante él, mirándole sin temor, pero con emoción profunda; y en el primer beso de su castidad vencida dió al joven escultor toda su existencia.

. . . . . .

. . . . . .

Durante un mes, los dos vivieron así, encantados y felices, olvidando el mundo y cuanto contiene; en su

dicha no hubo una sola sombra, ni en su cielo la más ligera nube. Por lo regular, permanecían encerrados



todo el día, sin cansarse nunca en su mutua contemplación, y repitiendo esas mil palabras ingenuas que los enamorados se dicen continuamente. Algunas veces, bien protegidos contra la inclemencia del frio, emprendían alguna excursión á pie, riéndose del viento glacial que soplaba con fuerza; ó cuando el sol de Diciembre brillaba en un cielo azul pálido, internábanse en medio de los árboles sin hojas del bosque desierto.

La naturaleza se había complacido en crear aquellos dos seres expresamente uno para otro; entre ellos reinaba un acuerdo armonioso, y vibraban de concierto; su corazón y su inteligencia se completaban tan bien, que Faustina adivinaba los pensamientos de Santiago antes que éste hablase; mientras que el escultor comprendía á la joven sin que ésta dijese nada.

Jamás hombre y mujer pudieron avenirse tan completamente en la vida íntima del matrimonio; aquellos amantes merecían ser esposos de esos para quienes la cadena es ligera, y que sólo la muerte puede separar. Complacíanse en olvidar que no podían casarse, que un obstáculo insuperable se elevaba entre ellos, semejante á esos muros de bronce que los genios maléficos de los cuentos de hadas hacen surgir ante los tesoros fantásticos; en su embriaguez olvidábanlo todo, así los seres que habían amado hasta entonces, como la vida exterior y el mundo, que pide siempre cuenta á los dichosos de una felicidad que no ha permitido...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Una carta de Nelly vino á despertar á Faustina, y á recordarle que no estaba sola en el mundo. La joven decía con mucha delicadeza á su amiga que se comenzaba á extrañar un poco su imprevista marcha; y que una ó dos personas relacionaban esta ausencia con la de Santiago. Era preciso temer que la malignidad se apoderase de ciertos rumores vagamente malévolos; y la señora Percier daba otra razón que acabó de convencer á Faustina. La misión científica dirigida por el coronel Maubert había llegado á Marsella, y la señora de Guessaint no desesperaba de probar por un acta oficial la defunción de su esposo. Según había manifestado el señor Denizot, necesitábanse testimonios y declaraciones precisas, y por lo tanto importaba interrogar al coronel y á sus compañeros de viaje, que volvían á Francia á los dos meses y medio de su marcha.

Este pronto regreso, ocasionado tal vez por un descalabro en la expedición, debía dejar en los viajeros impresiones bastante frescas de aquel drama, reciente aún.

—¡Ay, amigo mío!—dijo una tarde Faustina á Santiago—todo tiene su fin.

—¡Nos marchamos!

—Es preciso.

—¡Tan felices que éramos!—murmuró el escultor suspirando.

—¡Ingrato! ¿No sufro yo también al abandonar este querido retiro, donde acabamos de pasar tan felices días? Lee lo que me escribe Nelly. Tal vez tendremos



que luchar aún; pero será para conquistar la misma dicha, y esta vez sin límites, sin obstáculo, tal que nadie nos la pueda robar.